

Antony Beevor (2015) *La Guerra Civil Española*. Buenos Aires: Crítica. 902 páginas.

Por Juan Sebastián Califa (UBA - CONICET)

Recibido: 12/10/2016 - Aprobado: 15/11/2016



Hace once años apareció en castellano *La Guerra Civil Española*, uno de los mayores trabajos de síntesis sobre la cuestión. Se trata de un voluminoso texto de unas 900 páginas de las cuales una tercera parte ofrece, además de las obligadas referencias bibliográficas, fotografías, mapas y una cronología del conflicto. Los 39 capítulos restantes en que se organiza la obra, más una somera introducción y conclusión, poseen la virtud de hacer sumamente llevadera la lectura de un libro que pareciendo interminable termina siendo un objeto abordable en un lapso de tiempo no tan prolongado.

El autor de la criatura, Antony Beevor, ex militar inglés devenido en historiador, está considerado entre los más reputados cronistas de guerra contemporáneos. Sus descripciones detalladas de las principales batallas de la Segunda Guerra Mundial le han granjeado tal reputación. Su interés particular por España y su guerra civil, que ya en 1982 dio a luz una primera obra al respecto de la que ésta es continuadora, es un derivado lógico de lo anterior. En ese sentido, puede ubicarse a Beevor entre los que piensan que la Guerra Civil Española fue antesala de la guerra mundial o, más osadamente aún, un episodio crucial de la larga saga de conflictos que atravesó la primera mitad del siglo XX europeo, prefigurando una guerra civil continental.

El libro deja al inicio la sensación de estar frente a un paladín de la democracia que busca el centro político como una atalaya desde la que juzgar a las derechas y a las izquierdas que se cruzaron en la guerra civil



española. Incluso, el autor confiesa en la introducción que si bien no es posible un relato desapasionado en lo absoluto sí se deben dejar los juicios morales en manos del lector. Pero esta declaración de neutralidad valorativa frente a los bandos enfrentados se desvanece a medida que la lectura se prolonga. Su relato, engrosado con la consulta de archivos alemanes y rusos, está plagado de juicios críticos que en términos globales lo inclinan más hacia el bando republicano que hacia el de los sublevados (a propósito, un breve repaso de las consideraciones que la derecha española tienen de su labor es el mejor índice de ello).

Para el autor, la clave del análisis reside en observar la guerra civil no sólo como un enfrentamiento entre derecha e izquierdas, sino también entre centralismo estatal versus independencia regional y autoritarismo versus libertad del individuo. La mayor coherencia político-militar del bando nacional franquista se sustentaba en las tres primeras opciones de la lista que se superponían. La República, si bien en el primer aspecto reunía una mayoría de izquierda, aunque no monolítica dada la presencia de los nacionalistas vascos que rehuían ese mote, estaba atravesada por una maraña de intereses incompatibles entre sí: centralistas e independentistas junto a autoritarios y libertarios se enfrentaban en sus filas. Esa convivencia insostenible constituye en definitiva el fundamento político de su derrota en el campo de batalla. Si, como sostiene Clausewitz, política y guerra son parte de un continuum, es imposible observar la evolución bélica sin imbuirse en las complejidades del armado político republicano.

La estrategia militar comunista que condujo al fracaso a la República consistía, de acuerdo al autor, en establecer ofensivas que en tierra arrojaban una gran cantidad de combatientes sobre las posiciones enemigas con el afán de hacerlo retroceder lo antes posible. Sin embargo, esta estrategia no diagnosticaba acertadamente la capacidad defensiva de los nacionales ni su poderío aéreo ofensivo, como trágicamente lo demostraron las



batalles de Brunete, Teruel y del Ebro. En ese sentido, para el autor hubiera sido necesario establecer una sólida estrategia defensiva, como sucedió en Madrid, acompañada de constantes y diseminados ataques no convencionales sobre las líneas nacionales, de modo que estos por un lado no pudieran hacerse con las principales ciudades y regiones productivas y, a su vez, no sepan cómo responder a una guerra de posiciones para la que no estaban preparados. Esta opción suponía un mando unificado y profesional, cosa que la guerra de guerrillas en sí misma, favorecida por los anarquistas, más allá de su halo heroico, no permitía. Pero este mando profesional, a su vez, debería haber hecho esfuerzos por consensuar con los anteriores puesto que su poder de fuego no era desdeñable. Así, uno es llevado a pensar que a pesar de que el armamento no era el mejor, no era la escasez de pertrechos sino la capacidad para usarlos eficazmente lo que escaseaba entre los republicanos. Los nacionales, por el contrario, tuvieron el mérito político-militar de lograr tal síntesis, pese a que sus planes de una sublevación breve y contundente ante la resistencia inicial de los defensores de la República fueron abandonados. Mientras tanto, la guerra civil se multiplicaba por dos en el bando republicano.

La pregunta es inevitable entonces: ¿por qué fue de este modo y no de otro? La respuesta se halla nuevamente en la lucha política interna. El Partido Comunista Español (PCE), hacía unos años una minúscula organización, tenía necesidad de imponerse a las otras opciones políticas republicanas estableciendo una estrategia ofensivista que le sirviera para captar la adhesión de los militares constitucionales, desafiados por los anarquistas, imprescindible para obtener su hegemonía. Además, los éxitos inmediatos redundarían en un fervor popular que jugaría a su favor, vital para un partido comunista que no quería la revolución de inmediato. Esta estrategia, que buscaba obtener un rápido ascenso que desbaratara a sus competidores políticos revolucionarios, estaba facilitada a su vez por la



ayuda externa de la Unión Soviética, que no obstante sus vaivenes y lo onerosa que finalmente resultaba para las arcas republicanas se constituía en la única opción para una democracia que no hallaba iguales aliados en sus pares francés e inglés. Todo lo contrario de lo que le sucedía a los nacionales, que contaban con una generosa colaboración alemana e italiana además de la bendición papal.

El énfasis en el ángulo internacional es de este modo otra de las contribuciones del autor. Beevor, más allá de ser un duro crítico de Stalin, dado que este en definitiva estaba dispuesto a ceder España a cambio de mantener sus fronteras occidentales a resguardo, es aún más duro con Francia y el Reino Unido. El primer país, pese a que contaba con un gobierno del Frente Popular afín a los republicanos españoles, se paralizó frente al temor que le generaba la ira alemana ante su posible intervención. Las autoridades del Reino Unido, a su vez, también apabulladas por la posible reacción alemana, estaban igualmente consternadas por el avance rojo en suelo ibérico. Frente a estos países, nazis y fascistas se envalentonaban tras la farsa de la no intervención. Su juego consistía en mantener vivo el temor para de este modo conseguir todas las concesiones posibles. En ese sentido, el grado de resolución política de las potencias es un dato vital para entender el curso de la guerra civil española.

Aunque lo anterior conforma el núcleo argumental del texto, es imposible reducirlo a ello. La Guerra Civil Española atraviesa una enorme cantidad de organizaciones políticas e intereses que se entrecruzan entre sí y que es necesario sopesar para llegar a una reflexión más acabada sobre su curso y resultados. El autor ofrece para cada variable una perspectiva crítica: los anarquistas eran valientes y generosos pero atrasados militarmente, los socialistas un partido que ya no era uno solo, las milicias venidas del exterior un conjunto de voluntades significativas pero en sí mismas incapaces de torcer la guerra, los trotskistas del POUM un pequeño grupo



con arraigo en Cataluña sin mayores posibilidades de incidir en la gran política, aunque las iras comunistas, deseosos de un chivo expiatorio para explicar sus fallos, los pusieran en el centro de la escena. En el bando nacional, las intrigas y las internas que también abundaban al principio, sin embargo, con el paso de la guerra fueron convirtiéndose en una voluntad monolítica tras el liderazgo de Franco. Así, por ejemplo, los falangistas de José Antonio Primo de Rivera que en su “esquizofrénica” ideología coqueteaba con alguna forma de socialismo, terminaron, una vez su mentor muerto, tras la cruz y la espada medieval carlista con la que el caudillo astutamente impregnó su figura.

El libro tiene asimismo el mérito de no concluir a fines de marzo de 1939 con el ingreso triunfal del bando nacional en Madrid. Por el contrario, el autor le dedica buena cantidad de capítulos a los acontecimientos posteriores que hundieron la represión y el exilio español en la segunda guerra mundial. De este modo, puede explicar cómo un régimen franquista, económicamente al borde del precipicio, que había sido apuntalado por el fascismo europeo se sostuvo tras la debacle de sus viejos aliados: es que el terror rojo seguía latente y, al fin y al cabo, Franco ya había demostrado su efectividad contra él. Frente a la gran cantidad de actores y conflictos que se anudaron entre 1936 y 1939 en España, y lo mucho que aún resta por saberse bajo la represión oficial, un trabajo de síntesis como el de Beevor no puede ser un punto de llegada sino un nuevo punto de partida.

